

La vida no te arrastra, si tú no quieres

Por SALVADOR CASADEVALL

¡Qué poco valoramos las cosas cuando las tenemos!

Las valoramos cuando las hemos perdido. Yo me di cuenta que había sido un hombre rico cuando me arruiné.

Vivimos en un mundo en donde las calles de las ciudades están llenas de gente, coches por todas partes.

Parte del mundo es eso: ¿por qué protestar permanentemente por lo que también puede ser bello? ¿Acaso un tráfico amontonado no es símbolo de riqueza? Es gente que les va bien, al menos en lo económico.

Podrán ir rápido con su auto, pero, si a la hora de comer, comen despacio y tomándose su tiempo, es un saber gozar de lo que tienen, son gentes que saben vivir, saben saborear lo que viven, saben encontrar tiempo para los que les rodean, son felices y hacen felices a otros.

Creo que la verdadera felicidad viene de lo que hacemos, no de lo que tenemos. Y si tenemos menos cosas para manejar, tenemos más tiempo para los amigos, la familia y las maravillosas experiencias de la vida. (Francine Jay)

En vez de dedicarse a juntar cosas saben gozar de lo que ya tienen.

Inteligente es aquél que sabe dónde quiere ir, y como, y mucho más inteligente aún, el que sabe dónde ya no tiene que volver.



Hace poco, iniciando lo que yo llamo mi “Apostolic Tour” por Argentina, que hago todos los años, volé en tres aviones, que es la manera en que sale más económico el viaje, y, como consecuencia, tuve tiempo de caminar por cuatro aeropuertos. ¡Qué cantidad de gente que va de una punta a la otra de este mundo que supimos construir! ¡Qué chico ha quedado el globo terráqueo!

Me tropecé con chilenos, gente que venía de Dinamarca. Un matrimonio que me ayudó a salir de mi despiste en el gran aeropuerto de Londres. Venían de Bangladesh. Solamente sabían inglés, yo solamente español. Igual nos entendimos. Buscaban la misma puerta de embarque que la mía. Me convertí en su sombra.

Aquel hombre de las cavernas sólo conocía el espacio que su vista alcanzaba a ver. ¡Qué de conocimientos y cosas goza de ver el hombre de hoy! Hoy la gente se muere habiendo conocido infinidad de cosas que durante siglos les era imposible saber de su existencia.

¡Qué bello haber nacido en este tiempo!

A esta altura de la reflexión algunos podrán pensar que a este que escribe le parece todo bello. No es así. En este mundo hay de todo, trato que lo bello predomine sobre lo feo.

¿Qué es lo feo? Lo feo es la distorsión de lo bello. La violencia innecesaria también es una distorsión de la conciencia, que siempre tiene una proyección colectiva. En algún momento, esa proyección solidaria se convierte en rechazo, en deshumanización del otro. Y entonces ya se le puede agredir.

Sin violencia no hay supervivencia. Sin cooperación tampoco. Digamos que la violencia innecesaria,

organizada y premeditada en forma de guerra sería otra patología colectiva de esa conciencia. Y no hablo en términos puramente morales o éticos, sino bioquímicos. Hay un momento en que el exceso de violencia es patológico.

La gran distorsión de nuestro tiempo es haber puesto la tecnología al servicio de unos pocos y, por tanto, de la desigualdad. El freno a nuestro crecimiento armónico como especie radica en ese error. Y creo que los científicos somos responsables.

¿De qué? *Debemos lograr que la ciencia no sea una mera competición para nuestro estímulo intelectual: hay que ponerla al servicio de los que más la necesitan.* (Jean-Pierre Changeux)

Tiempo atrás un documental sobre Walt Disney nos mostraba que en un momento de su vida estaba tan absorto en su trabajo que la depresión apareció en su vida. Se recuperó yéndose con su mujer de vacaciones.

El equilibrio en la manera de vivir está insertado en el ser de cada uno. Algunos les florece sin saber por qué, otros necesitan de la voluntad para que florezca. Aquellos que lo tienen, gozan trabajando y descansando, que no es no hacer nada, sino atender y disfrutar de lo que se ama.

Vivimos en un momento en que el dolor del corazón es muy fuerte.

Quizás se deba al ruido en el que vivimos. Necesitamos reencontrar un poco de silencio espiritual. Trabajamos demasiado y eso nos empobrece.

Hay que tener tiempo para ti mismo porque es la única manera de curar el mal del alma.

Éramos una familia numerosa. *Cada día al anochecer rezábamos*

bajo el cielo por la cosecha y por el día siguiente, Era una forma de plegaria.

Años después supe que Gandhi dijo que la plegaria es la nostalgia del alma. Nostalgia de uno mismo.

Recuerdo a mi padre humillado, no por el trabajo duro de la fábrica, sino por el trato. Decidí que trabajaría por la dignidad humana. Y los grandes filósofos me han ayudado mucho: “¿Tú eres dueño de ese trocito de mundo o eres custodio?” La vida del custodio es más bonita que la del propietario, tienes menos miedo a perder.

No pasa un día que no recuerde las palabras de Marco Aurelio, pronunciadas en medio del caos, la guerra, la peste: “*Cálmate. Apoya a la humanidad. Vive en armonía con la naturaleza. Vive como si fuera el último día de tu vida.*” Somos custodios que embellecemos el mundo. El hombre necesita antes la dignidad que el pan.

Si al final de mis días alguien dice: “*Ha muerto una buena persona*”, habré cumplido mi sueño.

Ese es mi epitafio: “*Ha muerto un pequeño custodio de una pequeñísima parte del mundo, durante una pequeñísima parte de tiempo*”. Somos custodios que embellecemos al mundo. (Brunello Cucinelli)

Trabajar y descansar es lo mismo que hizo Dios cuando creó el universo del cual somos una mínima expresión de lo existente.

Y dice la Biblia que disfrutó viendo lo creado. Había descansado para verlo.